



La
HABITACIÓN
DE LAS
MARIPOSAS

Lucinda
Riley

Posy Montague se aproxima a su setenta cumpleaños. Todavía vive en la encantadora casa familiar, Admiral House, entre los magníficos paisajes de Suffolk en los que transcurrió su idílica infancia cazando mariposas con su padre y donde crió a sus propios hijos. Pero Posy sabe que debe tomar una angustiosa decisión. A pesar de los recuerdos que alberga y del exquisito jardín que ha pasado veinticinco años creando, la casa se cae a pedazos a su alrededor y Posy es consciente de que ha llegado el momento de venderla.

Es entonces cuando reaparece Freddie, su primer amor, quien la abandonó dejándola con el corazón roto. Mientras lucha por hacer frente a los nuevos problemas a los que se enfrenta su familia, Posy es reacia a confiar en las renovadas atenciones que le presta Freddie. Aunque ella aún lo desconoce, Freddie guarda un devastador secreto. Y Admiral House también...

Para mi suegra, Valerie, con cariño.

Posy

Almirante rojo
(*Vanessa atalanta*)

Admiral House, Southwold, Suffolk

Junio de 1943

Recuerda, cariño, que eres un hada, y sobrevuelas con sigilo la hierba con tus finas alas, lista para atrapar a tu presa en tu red de seda. ¡Mira! —me susurró al oído—. Ahí la tienes, justo en el borde de la hoja. Ahora, ¡vuela!

Tal como me había enseñado, cerré los ojos unos segundos, me puse de puntillas e imaginé que mis piecitos se elevaban del suelo. Entonces noté que la palma de papá me daba un pequeño empujón hacia delante. Abrí los ojos, me concentré en las dos alas de color azul jacinto y volé los dos pasos que necesitaba para precipitar mi red sobre la frágil hoja de budelia en la que se había posado la hormiguera de lunares.

El aire que levantó la red al caer sobre el objetivo alertó a la hormiguera, que abrió las alas preparándose para huir. Pero fue demasiado tarde, porque yo, Posy, Princesa de las Hadas, la había capturado. No pensaba hacerle daño, por supuesto, solo me la llevaría para que Lawrence, Rey del Pueblo de los Magos —que era también mi padre—, la estudiara antes de liberarla después de que disfrutara de un enorme cuenco del mejor néctar.

—¡Qué niña más lista es mi Posy! —exclamó papá cuando regresé a través del follaje y le tendí orgullosa el cazamariposas.

Se puso en cuclillas para que nuestros ojos, que todo el mundo decía que se parecían tanto, compartieran una mirada de orgullo y regocijo.

Vi que inclinaba la cabeza para estudiar la mariposa, la cual permanecía completamente inmóvil, con las patitas enganchadas en su blanca prisión de malla. Papá tenía el pelo caoba oscuro, y la gomina que utilizaba para alisarlo hacía que, al sol, brillara como la superficie de la larga mesa del comedor después de que Daisy la encerara. Además, olía de maravilla —a él, a bienestar, porque papá era «el hogar»—, y yo le quería más que a nada en mis mundos, el humano y el de las hadas. También quería a *maman*, claro, pero, aunque ella estaba en casa la mayor parte del tiempo, no sentía que la conociera tan bien como a papá. Ella pasaba mucho tiempo en su habitación con algo llamado «migrañas» y, cuando salía, siempre parecía demasiado ocupada para pasar un rato conmigo.

—¡Es magnífica, cariño! —exclamó papá alzando la mirada—. Una auténtica rareza en estas costas, y de noble linaje, sin duda —añadió.

—¿Podría ser una mariposa princesa? —pregunté.

—Ya lo creo —aseguró papá—. Debemos tratarla con el máximo respeto, tal como exige su condición real.

—¡Lawrence, Posy... a comer! —llamó una voz desde el otro lado del follaje.

Papá se levantó, sobrepasando la budelia en altura, y saludó con la mano hacia la terraza de Admiral House.

—Ya vamos, mi amor —contestó bastante alto, pues estábamos a cierta distancia.

Observé que los ojos de papá sonreían al ver a su esposa: mi madre, y la Reina del Pueblo de los Magos, aunque ella no lo sabía. Era un juego que solo compartíamos papá y yo.

Cogidos de la mano, cruzamos el césped aspirando el olor a hierba recién cortada que yo asociaba a días felices en el jardín: los amigos de papá y *maman*, champán en una

mano, el mazo de críquet en la otra, la bola sobrevolando el campo de críquet que papá segaba para tales ocasiones...

Esos días felices eran menos frecuentes desde que había comenzado la guerra, lo que hacía aún más valioso el recuerdo de los mismos. La guerra también había dejado cojo a papá, de modo que teníamos que caminar muy despacio, lo cual no me molestaba lo más mínimo porque significaba que lo tenía más tiempo para mí sola. Papá estaba mucho mejor que cuando llegó del hospital. Entonces iba en silla de ruedas, como un anciano, y tenía la mirada gris. No obstante, con los cuidados de *maman* y Daisy, y los cuentos que yo le leía, se había recuperado deprisa. Ya ni siquiera necesitaba bastón para caminar, a menos que fuera más allá de los jardines.

—Ahora, Posy, entra a lavarte la cara y las manos. Dile a *maman* que voy a instalar a nuestra nueva invitada —me indicó papá con el cazamariposas cuando llegamos a los escalones de la terraza.

—Vale —respondí mientras se daba la vuelta para cruzar el césped y desaparecer por detrás del alto seto de boj.

Se dirigía al Torreón, el cual, con su torrecilla de ladrillo de color arena, constituía el castillo de cuento perfecto para la gente mágica y sus amigas las mariposas. Papá pasaba mucho tiempo allí. Solo. Yo únicamente tenía permitido asomarme al cuartito circular que había al otro lado de la puerta del Torreón —muy oscuro y con olor a calcetines mohosos— cuando *maman* me pedía que fuera a buscar a papá para comer.

El cuartito de abajo era donde papá guardaba su «material de exteriores», como él lo llamaba: raquetas de tenis mezcladas con palos de críquet y botas de agua salpicadas de barro. Nunca me había invitado a subir las escaleras que giraban una y otra vez hasta lo alto del Torreón (lo sé porque las subí en secreto un día que *maman* había avisado a papá de que tenía una llamada telefónica en la casa). Fue

una gran decepción descubrir que papá había cerrado con llave la gran puerta de roble que me recibió al llegar arriba. Aunque giré el pomo con toda la fuerza que me permitían mis menudas manos, no cedió ni un milímetro. Sabía que en esa sala, a diferencia del cuarto de abajo, había muchas ventanas, porque se veían desde el jardín. El Torreón me recordaba un poco al faro de Southwold, con la diferencia de que en la cabeza lucía una corona dorada en lugar de una luz brillante.

Mientras subía los escalones de la terraza contemplé, suspirando de felicidad, los preciosos muros de ladrillo rojo de la casa principal y las hileras de altas ventanas de guillotina enmarcadas por zarcillos de glicinias verde lima. Vi que la vieja mesa de hierro forjado de la terraza, ya más verde que el negro original, estaba puesta para comer. Había tres salvamanteles y tres vasos, lo que significaba que íbamos a comer los tres solos, cosa que no sucedía a menudo. Pensé en lo fantástico que sería tener a *maman* y a papá para mí sola. Entré en la casa por las amplias puertaventanas del salón, rodeé los sofás de damasco dispuestos en torno a la enorme chimenea revestida de mármol —tan grande que el año anterior Papá Noel había conseguido meter una reluciente bicicleta roja por ella— y recorrí el laberinto de pasillos que conducían al cuarto de baño de la planta baja. Cerré la puerta, utilicé ambas manos para girar el enorme grifo de plata y me las lavé a conciencia. Me puse de puntillas para mirarme la cara en el espejo y comprobar si tenía manchurroneos. *Maman* era muy exigente con la apariencia —papá decía que se debía a su origen francés—, y ay de nosotros como no llegáramos immaculados a la mesa.

Aun así, ni siquiera ella era capaz de controlar los rizos castaños que se me escapaban continuamente de las apretadas trenzas a la altura del cogote y de los pasadores que se esforzaban por mantenerlos alejados de la frente. Una noche, papá acababa de arroparme y le pregunté si podía ponerme un poco de su gomina, porque creía que quizá

ayudaría, pero se echó a reír y enroscó el dedo en uno de mis tirabuzones.

—No permitiré que hagas eso. Yo adoro tus rizos, cariño, y si de mí dependiera, volarían libres todos los días.

Cuando regresaba por el pasillo, deseé por enésima vez tener la melena rubia, lisa y brillante de *maman*. Era del color de los bombones de chocolate blanco que servía con el café después de cenar. Mi pelo era café con leche, o por lo menos así lo llamaba ella; yo lo llamaba marrón-ratón.

—Ya era hora, Posy —dijo *maman* cuando salí a la terraza—. ¿Y tu pamela?

—Me la habré dejado en el jardín mientras cazaba mariposas con papá.

—¿Cuántas veces te he dicho que se te quemará la cara y no tardarás en tenerla arrugada como una pasa? —me regañó mientras me sentaba—. A los cuarenta aparentarás sesenta.

—Sí, *maman*. —Asentí, pensando que de todos modos a los cuarenta ya sería tan vieja que no me importaría.

—¿Cómo está mi otra chica favorita este bonito día?

Papá apareció en la terraza y la rodeó por la cintura, de modo que la jarra de agua que mi madre sostenía salpicó el suelo de piedra gris.

—¡Cuidado, Lawrence! —protestó frunciendo el ceño antes de soltarse y dejar la jarra en la mesa.

—Un día maravilloso para estar vivos, ¿verdad? —Papá sonrió al tiempo que tomaba asiento frente a mí—. Y todo apunta a que también hará buen tiempo este fin de semana y en nuestra fiesta.

—¿Vamos a dar una fiesta? —pregunté cuando *maman* se sentó a su lado.

—Sí, cariño. Tu *pater* ha sido declarado apto para volver a sus obligaciones, de manera que *maman* y yo hemos decidido montar una última juerga ahora que podemos.

El corazón se me paró un instante mientras Daisy, nuestra criada para todo desde que los demás sirvientes se ha-

bían ido a la guerra, servía la carne y los rábanos. Yo odiaba los rábanos, pero era lo único que quedaba en el huerto esa semana, pues la mayoría de las cosas que cultivábamos también tenían que destinarse a la guerra.

—¿Cuánto tiempo estarás fuera, papá? —pregunté en voz baja y entrecortada, porque se me había formado un nudo enorme en la garganta. Sentía como si se me hubiese atascado un rábano, y supe que significaba que podía echarme a llorar en cualquier momento.

—No mucho. Todo el mundo sabe que los alemanes no tienen nada que hacer, pero he de ayudar con el último impulso. No puedo dejar solos a mis camaradas, ¿no?

—No, papá —acerté a balbucir—. No te harán daño otra vez, ¿verdad?

—Claro que no, *chérie*. Tu padre es indestructible, ¿a que sí, Lawrence?

Vi que mi madre lo miraba con una sonrisa tensa y pensé que debía de estar tan preocupada como yo.

—Sí, cielo —contestó papá. Posó una mano sobre la de *maman* y la apretó con fuerza—. Ya lo creo que sí.

—¿Papá? —pregunté al día siguiente durante el desayuno mientras mojaba un picatoste en el huevo—. Hoy hace mucho calor, ¿podemos ir a la playa? Hace un siglo que no vamos.

Vi que papá lanzaba una mirada a *maman*, pero ella estaba leyendo sus cartas frente a su *café au lait* y no pareció notarlo. *Maman* recibía muchas cartas de Francia, todas escritas en un papel muy fino, más fino incluso que un ala de mariposa, lo que iba muy bien con ella, porque todo en *maman* era grácil y delicado.

—¿Papá? La playa —insistí.

—Cariño, me temo que la playa no es un buen lugar para jugar en estos momentos. Está cubierta de minas y alam-

bradas. ¿Recuerdas cuando te expliqué lo que sucedió en Southwold el mes pasado?

—Sí, papá.

Bajé la vista hasta mi huevo y me estremecí al recordar el día que Daisy me llevó al refugio Anderson (yo pensaba que se llamaba así porque era nuestro apellido, y me quedé de piedra cuando Mabel me contó que su familia también tenía un refugio Anderson, pues ella se apellidaba Price). El cielo pareció llenarse de truenos y relámpagos, pero, en lugar de enviarlos Dios, papá dijo que los enviaba Hitler. Nos habíamos apiñado dentro del refugio, y papá dijo que debíamos jugar a que éramos una familia de erizos y que yo debía hacerme un ovillo como un ericito. *Maman* se enfadó con él por llamarme ericito, pero aun así jugué a serlo, escondida bajo la tierra mientras los humanos combatían por encima de nuestras cabezas. Finalmente, los espantosos ruidos cesaron. Papá dijo que ya podíamos volver a la cama, pero a mí me dio pena tener que irme sola a mi cama de humana en lugar de quedarnos todos juntos en nuestra madriguera.

Al día siguiente me encontré a Daisy llorando en la cocina, pero no quiso contarme qué le pasaba. El lechero no vino ese día, y luego *maman* dijo que no iría a la escuela porque ya no estaba.

—Pero ¿cómo puede ser que ya no esté, *maman*?

—Le cayó una bomba, *chérie* —respondió soltando el humo del cigarrillo por la boca.

Mama también había empezado a fumar, y a veces me preocupaba que prendiera fuego a sus cartas de tanto que se las acercaba a la cara para leerlas.

—Pero ¿y nuestra cabaña de la playa? —pregunté a papá.

Me encantaba nuestra pequeña cabaña. Pintada de amarillo crema, era la última de la hilera, de manera que si mirabas hacia el lado correcto podías imaginar que era la única cabaña de la playa en kilómetros, pero si te volvías

hacia el otro lado no estabas demasiado lejos del simpático hombre de los helados que se encontraba junto al muelle. Papá y yo construíamos elaboradísimos castillos de arena, con fosos y torretas, lo bastante grandes para que todos los cangrejos pudieran vivir en ellos si decidían acercarse. *Maman* nunca quería ir a la playa, decía que era demasiado «arenosa», lo que a mi parecer era como decir que el mar estaba demasiado mojado.

Cada vez que íbamos, había un hombre mayor con un sombrero de ala ancha que se paseaba por la playa pinchando la arena con un palo largo, pero no como el que papá utilizaba para caminar. El hombre llevaba un saco grande en la mano y de vez en cuando se detenía y se ponía a cavar.

—¿Qué hace, papá? —pregunté yo.

—Es un raquero, cariño. Camina por la playa peinando la arena en busca de cosas que la marea haya podido arrastrar de barcos que están en alta mar y de otras costas.

—Ah, vale —dije, aunque el hombre no llevaba ningún tipo de peine, desde luego no como el que me pasaba Daisy por el pelo cada mañana—. ¿Crees que encontrará algún tesoro enterrado?

—Seguro que si pasa suficiente tiempo cavando, algún día encontrará algo.

Observé con curiosidad que el hombre sacaba algo del agujero y le quitaba la arena, pero no era más que una vieja tetera de esmalte.

—Qué decepción —resoplé.

—Recuerda, cariño, que por lo que uno tira otro suspira. Puede que en cierto modo todos seamos raqueros —dijo papá, entrecerrando los ojos por el sol—. Seguimos buscando con la esperanza de encontrar ese huidizo tesoro enterrado que enriquecerá nuestra vida y, cuando sacamos una tetera en lugar de una joya fulgurante, debemos seguir buscando.

—¿Tú sigues buscando algún tesoro, papá?

—No, mi Princesa de las Hadas, yo ya lo he encontrado.
—Me sonrió y me plantó un beso en la coronilla.

Después de mucho insistirle, papá acabó accediendo a llevarme a nadar al río, de modo que Daisy me ayudó a ponerme el traje de baño y me encasquetó una pamelita sobre los rizos. Luego me subí al coche con papá. *Maman* dijo que estaba demasiado ocupada preparando la fiesta del día siguiente, pero no me importó, porque así el Rey de las Hadas y yo podríamos invitar a todas las criaturas del río a nuestra corte.

—¿Habrá nutrias? —pregunté mientras papá conducía entre ondulantes prados verdes en dirección opuesta al mar.

—Tendrás que estar muy callada para verlas —dijo—. ¿Crees que serás capaz, Posy?

—¡Pues claro!

Condujimos un buen rato antes de vislumbrar la serpiente azul del río escondiéndose tras los juncos. Aparcamos y caminamos hasta la orilla, papá cargado con todo nuestro equipo científico: una cámara, cazamariposas, tarros de cristal, limonada y bocadillos de carne.

Las libélulas que sobrevolaban la superficie del río desaparecieron en el acto cuando entré chapoteando en el agua. Estaba deliciosamente fresca, pero la pamelita me calentaba e irritaba la cabeza y la cara, de modo que la arrojé a la orilla, donde papá se había puesto también el bañador.

—Si había alguna nutria, con tanto ruido seguro que ha salido corriendo —dijo papá entrando en el agua. Era tan alto que solo le llegaba a la rodilla—. Mira cuánta col de vejigas. ¿Nos llevamos un poco para nuestra colección?

Juntos, metimos la mano en el agua y arrancamos una de las flores amarillas para desvelar sus raíces bulbosas. Muchos insectos pequeños vivían en ellas, así que llenamos un tarro con agua y guardamos dentro nuestro espécimen.

—¿Recuerdas el nombre en latín, cariño?

—*Utri-cu-la-ria!* —respondí toda ufana. Salí del agua y me senté a su lado en la orilla herbosa.

—Qué chica más lista. Quiero que me prometas que seguirás ampliando nuestra colección. Si ves una planta interesante, prénsala como te enseñé. Después de todo, voy a necesitar ayuda con mi libro mientras estoy fuera, Posy.

Me tendió un bocadillo de la cesta de pícnic y lo cogí mientras me esforzaba por dar una imagen muy seria y científica. Quería que papá supiera que podía confiarme su labor. Antes de la guerra, había sido algo llamado «botánico» y llevaba escribiendo su libro casi el mismo tiempo que yo llevaba en este mundo. Se encerraba en el Torreón a menudo para «pensar y escribir». A veces volvía a casa con el libro y me enseñaba algunos de los dibujos que había hecho.

Y eran maravillosos. Me explicaba cómo funcionaba el hábitat en el que vivíamos, y había hermosas ilustraciones de mariposas, insectos y plantas. Una calurosa noche de verano me dijo que, si una sola cosa cambiaba, podía desequilibrar todo lo demás.

—Mira estos mosquitos minúsculos, por ejemplo. —Había señalado una irritante nube de jejenes—. Son cruciales para el ecosistema.

—Pero nos pican —repliqué yo apartando uno de un manotazo.

—Sí, está en su naturaleza. —Rio—. Pero sin ellos muchas especies de pájaros no tendrían una fuerte regular de alimento y sus poblaciones caerían en picado. Y si las poblaciones de aves se ven afectadas, eso repercute en el resto de la cadena alimentaria. Sin pájaros, otros insectos como los saltamontes de repente tendrían menos depredadores y no pararían de multiplicarse y comerse todas las plantas. Y sin las plantas...

—Los herb... oros no tendrían comida.

—Los herbívoros, sí. ¿Lo ves? Todo pende de un equilibrio delicado. El pequeño aleteo de una mariposa puede tener un efecto en el resto del mundo.

Pensé en ello mientras me comía el bocadillo.

—Tengo algo especial para ti. —Papá alcanzó su mochila, sacó una lata brillante y me la entregó.

La abrí y encontré docenas de lápices de todos los colores del arcoíris, perfectamente afilados.

—Mientras esté fuera debes continuar haciendo tus dibujos para que, cuando vuelva, puedas enseñarme lo mucho que has mejorado.

Asentí, demasiado feliz con mi regalo para poder hablar.

—Cuando estaba en Cambridge, nos enseñaron a mirar de verdad el mundo —continuó papá—. Es tanta la gente que camina ajena a la belleza y la magia que la rodean. Pero tú no, Posy, tú ya te fijas más en las cosas que la mayoría. Cuando dibujamos la naturaleza empezamos a entenderla, podemos ver las diferentes partes y la manera en que encajan entre sí. Al dibujar y estudiar lo que ves, puedes ayudar a otras personas a entender también el milagro de la naturaleza.

Al llegar a casa, Daisy me rió por haberme mojado el pelo y me metió en la bañera, lo cual pensé que no tenía mucho sentido porque me estaba mojando el pelo otra vez. Cuando Daisy me hubo acostado y cerró la puerta tras de sí, me levanté, saqué mis lápices de colores nuevos y acaricié las puntas, suaves pero afiladas. Pensé que si practicaba lo suficiente, para cuando papá regresara de la guerra podría enseñarle que yo también era lo bastante buena para ir a Cambridge, aunque fuera una chica.

A la mañana siguiente, desde la ventana de mi cuarto vi una hilera de coches que avanzaba por el camino de entrada a nuestra casa. Iban abarrotados de gente. Había oído decir a *maman* que todos sus amigos habían juntado sus